



Un agente auxilia a uno de los inmigrantes que llegó, exhausto y aterido de frío, en una patera a una playa de Tarifa (Cádiz) en mayo de 2003. / AP

LA LLEGADA DE TRES MILLONES DE INMIGRANTES TRANSFORMA LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Uno de los más radicales cambios de España en los últimos 28 años ha consistido en que ha pasado de ser un país del que emigraban decenas de miles de personas, en busca de trabajo, a convertirse en el Estado de la Unión Europea al que llegan más inmigrantes —en 2003, estaban registrados 2,7 millones— en busca de unas condiciones de vida dignas. Se trata de un proceso que ha influido en la transformación de la sociedad española y que supone uno de los retos de la globalización en el siglo XXI. **Por Tomás Bárbulo**

En 1976 todavía se oían en España los ecos de *El emigrante*, la copla de Juanito Valderrama que se había convertido en himno para cientos de miles de expatriados: "Cuando salí de mi tierra / volví la cara llorando / porque lo que más quería / atrás me lo iba dejando". Aquel año, 15.496 españoles abandonaron sus hogares y se fueron a trabajar en las fábricas de Alemania, en los campos de Francia o en las ciudades de América. Hoy, la canción que Valderrama compuso en 1947 ya no tiene sentido para los españoles, pero podrían

hacerla suya los 2,7 millones de extranjeros que han salido de su patria para trabajar en las fábricas, en los campos y en las ciudades de nuestro país.

Los 15.496 emigrantes españoles registrados en 1976 descendieron a 111 el año pasado. Y los 2,7 millones de inmigrantes empadronados en 2003 —un tercio de los cuales se hallan en situación administrativa irregular— eran hace 28 años sólo 157.973, la mayoría europeos jubilados en busca de sol y playa. En sólo tres décadas, España ha dejado de ser un país de emigración y se ha convertido en un país de inmigración: es el

primer receptor de inmigrantes en la Unión Europea, con 600.000 entradas anuales, según el último informe de Eurostar.

Hasta mediados de los años 70, la emigración fue para los españoles una tradición secular. Los archivos de la Administración guardan memoria de las descomunales remesas de mano de obra que expulsaba un país empobrecido y fracasado: 117.612 en 1895; 119.969 en 1905; 117.486 en 1920... Todavía en 1973 salieron de España 101.144 emigrantes. Y éstos eran sólo los que marchaban con un contrato de trabajo; es

decir, *con papeles*. A ellos habría que añadir los que partían a la aventura y aquellos que viajaban porque tenían algún pariente en el país de acogida.

En 1970 residían en el extranjero 3.443.813 españoles. Y aunque esa cifra cayó hasta 1.477.358 el año pasado, hoy seguimos cosechando los frutos de su trabajo. Ese sueño, convertirse en el sustento de sus familias, es el mismo que alimentan los 2,7 millones de inmigrantes que viven en nuestro país. Todavía en 2003 el dinero que enviaron a sus lugares de origen, 2.895 millones de euros, era muy inferior al que recibió España de sus emigrantes ese mismo año: 4.171 millones.

El vuelco espectacular de España como país de emigración a país de inmigración no es, pues, el resultado efímero de una simple coyuntura económica, como pudiera parecer a primera vista, sino la avanzadilla de un vasto proceso de cambio mundial, histórico y político. Los movimientos de inmigrantes son hoy equiparados por la mayoría de los expertos a los acontecimientos que caracterizaron el paso del siglo XIX al siglo XX. Es decir, son un factor determinante en la agenda global.

Los primeros inmigrantes llegaron a España en los últimos años 70, coincidiendo con un momento crucial: por primera vez eran más los españoles que volvían que los que se marchaban, y el país comenzaba a construir un Estado de bienestar. Los extranjeros que buscaban trabajo eran sobre todo marroquíes, senegaleses y gambianos que tenían dificultades para entrar en Francia. Fueron absorbidos sin ruido por las explotaciones agrícolas que salpican la zona de Levante, desde Almería hasta Girona.

La opinión pública permaneció más atenta a las manifestaciones del nuevo fenómeno en Francia y en Alemania que a las que, poco a poco, comenzaban a perfilarse ante sus ojos: empleadas de hogar filipinas y dominicanas, albañiles suramericanos, agricultores magrebíes... La promulgación de la primera Ley de

Pasa a la **página 94**

Viene de la página 93

Extranjería, en 1985, no obtuvo ecos significativos fuera de los ambientes políticos. Once años más tarde, cuando el Partido Popular relevó al PSOE en el Gobierno, aún residían en España poco más de medio millón de extranjeros, todos ellos regularizados.

El fenómeno social que está transformando vertiginosamente la sociedad no estalló de un día para otro. Pero si hubiera que señalar una fecha en la que los españoles tomaron conciencia de su existencia sería el 22 de enero de 2000. A las 8.30 de aquel día, un inmigrante palestino de 24 años degolló a dos agricultores en la localidad almeriense de El Ejido. Una decena de días más tarde, otro inmigrante, esta vez de origen magrebí, mató de una puñalada a una mujer de 26 años en un mercado cercano, en la misma localidad. Cientos de vecinos armados con barras de hierro y palos se entregaron entonces a una orgía de vandalismo racista. Cortaron carreteras de acceso a la población, quemaron neumáticos, co-

El Consejo Económico y Social anima a facilitar el arraigo de inmigrantes con contrato para un año

ches, viviendas y negocios de inmigrantes, y apalearon a cuantos extranjeros hallaron a su paso.

Fue entonces, en un momento en que ya residían en España 895.720 extranjeros en situación regular, cuando se abrió el mismo debate social que durante el siglo anterior habían tenido que soportar nuestros inmigrantes en el extranjero. De un lado, quienes defendían la inmigración como un motor de progreso; de otro, quienes la rechazaban como una amenaza a su situación. La controversia era vieja e inútil —¿acaso es posible estar a favor o en contra de un fenómeno global?—, pero pone de manifiesto las limitaciones del reciente Estado de bienestar.

En una España con altas cotas de desempleo es posible, sobre todo si se azuza a la opinión pública como hicieron ciertos dirigentes del Partido Popular, que algunos sectores perciban al in-



Cola de inmigrantes en junio de 2001 para solicitar su regularización. / BERNARDO PÉREZ

migrante como un usurpador de los puestos de trabajo existentes y como competidor por las ayudas sociales.

Pero los Gobiernos de José María Aznar fueron aún más lejos, al airear un discurso político que identificaba inmigración con delincuencia: "La inmigración es el problema número uno para la convivencia en España durante la próxi-

ma década. Si ETA es un problema del siglo XIX, la inmigración será la piedra angular de la convivencia", declaró el entonces ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja. Al transformar lo que era un fenómeno en un problema, el Ejecutivo se vio obligado a *solucionarlo* en lugar de *gestionarlo*.

Cuatro veces cambió el Gobierno del

Partido Popular la legislación de extranjería entre 2000 y 2004. Cada cambio hizo un poco más difícil la vida de los inmigrantes, pero ninguno consiguió detener su avance. Llegaban a millares desde África a las costas de Andalucía y de Canarias, desde el Este de Europa entraban en autobuses por las carreteras del Pirineo y procedentes de América Latina desembarcaban en los aeropuertos internacionales disfrazados de turistas. Ni el control de las fronteras ni el espectáculo habitual de la muerte en frágiles pateras ni la firma de convenios internacionales para repatriar a los que se hallaban en situación irregular lograron detener a los hombres, mujeres y niños decididos a alcanzar el primer mundo.

Hasta tres regularizaciones extraordinarias se vio obligada a hacer la Administración del PP para aliviar el gran atasco que sus propias normas habían creado. En 2001, los extranjeros con papeles aumentaron hasta 1.109.060; en 2002, hasta 1.324.001; y en 2003, hasta 1.647.011. De ellos, 963.055 estaban afiliados a la Seguridad Social. Paralelamente crecía una bolsa de *sin papeles*, que las últimas estimaciones cifran entre 800.000 y un millón de personas.

Madrid, Barcelona, Alicante, Málaga, Murcia y Girona son, por este orden, las ciudades con mayor presencia de inmigrantes. Las estadísticas señalan que la mayoría proceden de Marruecos (333.770 regularizados), Ecuador (174.289) y Colombia (107.459). El 68,69% trabajan en la industria y los servicios, el 12,41% en el campo, el 7,74% en el servicio doméstico, el 0,37% en el mar y en la minería, y el 10,79% cotizan como autónomos.

En un informe reciente, el Consejo Económico y Social —organismo que agrupa a empresarios y sindicatos— consideraba positivo el efecto de los inmigrantes en nuestra sociedad y animaba al Gobierno socialista a abrir para ellos una nueva vía de arraigo laboral que permitiría a la Administración ofrecer permisos de residencia y de trabajo a los extranjeros que tengan un contrato de trabajo de un año.

Esta medida, que será incluida en el nuevo Reglamento de Extranjería, arrancará acompañada por un ambicioso plan de integración que aspira a facilitar la convivencia entre los españoles y sus nuevos vecinos.

Lo mejor de dos ciudades

MARUJA TORRES

¿SERÁ POSIBLE que hayan transcurrido diez mil números de este periódico, diez mil mundos, diez mil colecciones de historias —casi siempre incompletas, muchas veces frustradas; a menudo, cruentas— y sigamos dándole vueltas a la rivalidad entre Barcelona y Madrid, Madrid y Barcelona?

Desde ahora mismo confieso. Confieso que el tema no me interesa ni me interesó nunca. Porque yo he tenido lo mejor de las dos ciudades, y sigo teniéndolo: cierta gente y ciertas épocas que nadie podrá borrar de mi memoria, y el rincón preferido donde meditar, y el color de la tarde o de una límpida mañana en un punto de la ciudad u otro, desde uno u otro balcón de los muchos a los que me he asomado tanto en mi Barcelona como en mi Madrid.

Disfruto, por otra parte, del privilegio de haber despertado al ansia de libertad cuando en este país todo era culpa de Franco. Ello delimitaba para mi generación una verdadera tierra de nadie en donde si los catalanes (más que los barceloneses) y los madrileños se tenían recíproca manía era porque la dictadura lo fomentaba. Y estábamos en lo cierto: Franco fue un maestro (mucho más que los garbancitos que fue dejando atrás, de cara al futuro) en el arte de la división y el enfrentamiento y, sobre todo, del miedo y el desconocimiento. Elementos muy útiles, los dos últimos, para que la culpa la tenga siempre otro. Ese otro

del que todo lo tememos, del que nada esperamos. Pero mi generación tuvo el buen sentido de crear un espacio propio de viaje continuo (no sólo de Barcelona a Madrid; también a Inglaterra, a Francia; y allí te encontrabas con gente de todas partes, de tu propio país); y era continuo, y también un poco enloquecido, el intercambio entre

Viví los años 80 en Madrid, y su generosidad para los que veníamos de fuera. Me sorprendió su respeto hacia los barceloneses

parejas, comunas y asociaciones improvisadas; y el trasiego de unos y otros a festivales de rock y de *cançó*. Barcelona, en los años que precedieron a la muerte del dictador, fue un balón de oxígeno para muchos que se asfixiaban en Madrid, más derrotado y pisoteado que nadie por el franquismo y su siniestra burocracia.

Ese florecimiento de Barcelona —que, como toda señorona algo pija, se suelta la melena gloriosamente de vez en cuando— no nos lo envidiaron en Madrid: nos lo agradecieron porque también a los cibeleros o cibelinós les alegraba el

cuerpo. Más tarde, la luminosa ciudad mediterránea sufrió un apagón, un desencanto. Suele ocurrirles a las damas que, habiéndose arrancado las enaguas y aflojado el ligero, descubren con disgusto que hay que limpiar los restos de la juerga, y que el cuerpo ya no pide marcha.

Llegó entonces la hora de Madrid, de su breve y esplendorosa primavera: principios de la década de los 80, Almodóvar, la movida, Tierno Galván y, por encima de todo, la necesidad de ser Madrid que experimentaba una ciudad vilipendiada desde todos los puntos de la geografía por culpa del centralismo franquista. Viví también aquellos años de Madrid, y su generosidad para con los que veníamos de fuera; debo añadir que me sorprendió su admiración hacia los barceloneses, su respeto.

Pasadas ambas etapas (muertos Ocaña y Tierno Galván, musas respectivas de la toma lúdica de las calles), cada ciudad ha tenido que enfrentarse con lo real y salir adelante. Yo, ya lo he dicho, tengo la fortuna de pertenecer al país del alma en donde a nadie se le pregunta por su origen, y en donde lo mejor de Madrid y de Barcelona me ha ayudado a vivir, y sigue haciéndolo.

Claro que prefiero un ámbito gobernado, que no dominado, por las izquierdas. Sea en donde sea.